

Pistoleros etarras acribillan a balazos por la espalda a un general en el centro de Madrid

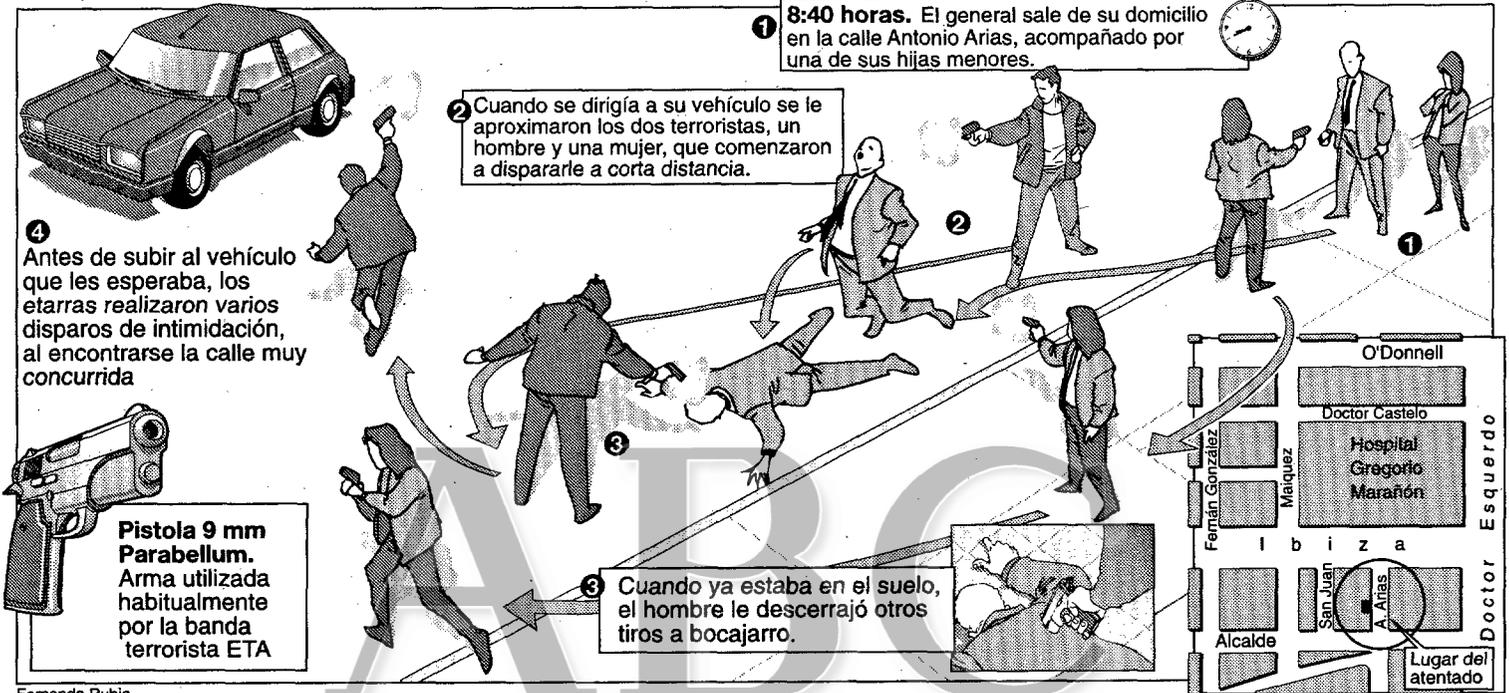
Una hija del militar acompañaba a su padre cuando fue tiroteado por los terroristas

En su huida, los asesinos realizaron disparos intimidatorios para evitar ser interceptados

Madrid. S. N.

«Que Dios me perdone». Con un leve hilo de voz, y tendido en el suelo, el general Juan José Hernández Rovira pronunciaba sus últimas palabras después de que dos etarras le acribillasen a balazos, en presencia de su hija, a escasos metros de su casa. Allí, el resto de la familia intuyó el salvaje fin de la vida de su padre.

Oyeron una primera ráfaga. Luego otra, casi más interminable. El hijo mayor se echó a la escalera, bajó como una centella con el corazón encogido. Cuando regresó, casi al instante, el corazón ya estaba roto y por el hueco de la escalera resonó un grito impresionante: «Han matado a mi padre, han matado a mi padre».



Poco más de treinta segundos gastaron los criminales etarras en terminar con la vida del general de brigada Hernández Rovira y en sembrar de un dolor eterno a toda su familia. Pasaban unos minutos de las ocho y media de la mañana. Los etarras, un hombre, muy alto de estatura, y una mujer, vestidos de azul (uno de ellos, el hombre, calzaba botas) aguardaban su salida en un punto intermedio del escaso trayecto que debía recorrer el militar hasta el coche oficial (estacionado en la confluencia de las calles de Ibiza y de Antonio Arias) y en el que se trasladaría hasta su puesto en el Ministerio de Defensa.

Cuando el general, vestido de paisano, que iba acompañado de una hija, de 25 años, se aproximaba ya al coche, un Ford Orión blindado, con matrícula M-8035-IP, los asesinos le abordaron por la espalda (no podía ser de otra manera) y comenzaron a dispararle a muy corta distancia, casi a quemarropa. Un tiro, dos, tres... hasta seis, realizaron los etarras en una primera ráfaga.

El general cayó al suelo, pero aún no había terminado todo. El individuo de aspecto masculino aproximó su pistola al cuerpo del militar y, mientras la mujer le cu-

bría la espalda, le descerrajaba otros tres o cuatro tiros. Después, tanto ella como él realizaron, según testigos que cita Efe, disparos intimidatorios —la calle Ibiza estaba bastante concurrida en esos momentos— hasta que se metieron en el vehículo, un Volkswagen Polo negro, en el que les aguardaba, con el motor encendido, el tercero de los asesinos, el más «valiente», sin duda, de los tres pues no se atreve ni a pisar la calle.

Cuando el coche se perdía por las calles de Madrid, en dirección a la plaza de Conde de Casal, una mujer, empleada del Hospital Gregorio Marañón, Esperanza Francisco, se aproximó a auxiliar al general. Fue la primera en llegar cuando cesaron los disparos. Según Esperanza,

Juan José Hernández Rovira, con un hilo de vida, y muy levemente, sólo tuvo tiempo de morir en paz y cerró para siempre los ojos con un estremecedor susurro: «Que Dios me perdone». La hija del general, conmovida y deshecha, fue acompañada por unos vecinos al interior del portal.

Una ambulancia trasladó al militar al Hospital Gregorio Marañón, que no dista ni cien metros del lugar del atentado. Pese a ello, nada se pudo hacer. Las heridas eran de tal gravedad que el general ingresó ya cadáver en el servicio de urgencias. El primer parte médico facilitado por el Hospital señalaba que Hernández Rovira presentaba varios impactos de bala «en cabeza, cuello y tórax», aunque posterior-

res declaraciones de facultativos del Hospital Marañón afirmaron que al menos tres disparos le habían alcanzado el corazón.

Las dos ráfagas letales fueron escuchadas en todo el vecindario y, como no, en el domicilio de esta nueva víctima etarra. Sus hijos le acababan de despedir. El de ayer, fue el último «hasta luego, papá». No hacía ni tres minutos que le habían visto cerrar la puerta. Nada más escuchar los primeros disparos, el mayor de sus hijos, bajó a la calle corriendo, recorrió esos escasos metros y vio a su padre tendido en el suelo, ya sin vida. No había sangre apenas, sólo once casquillos de bala diseminados por el suelo y dos agujeros más en el maletero del coche, todos del calibre 9 milímetros parabellum. Regresó corriendo al portal. «Han matado a mi padre, han matado a mi padre», fue el grito que resonó por el hueco de la escalera y el patio interior y fue también la triste constatación de lo que los hijos del militar y los vecinos auguraron, sin poder creerlo, minutos antes.

Mientras, el coche de los criminales, convertido en máquina de matar, dejaba su carga letal en un lugar, en el centro de la ciudad, rodeado de guarderías.

FOTOCOPIAS COLOR
A 2 Caras y hasta DIN A3

MURALES FOTOGRAFICOS
Montados en foam y enmarcados en perfil de aluminio

COPIAS COLOR Y TRANSPARENCIAS EN CIBACHROME
En papel o transparencia con calidad fotográfica hasta DIN A3, desde cualquier opaco



Castellana, 87
28046 Madrid

Torre Picasso, Local 1
28020 Madrid

Tel.: 555 10 24 (4 líneas)
FAX: 555 32 15